





á las Indias orientales, quedó patente á la Europa que al fin dobló el cabo de «Buena Esperanza,» ántes llamado el «cabo de los Tormentas.» Y es otro hecho tambien, que ántes de que sonase la hora fatal, ántes de 1517, la religion católica romana casi nada hizo ni en la América ni en el Asia, siendo además de notarse, que en la América no prosperaron las conquistas sino hasta pasado ese año, habiéndose limitado los establecimientos de los españoles á las islas, sin hacer nada de importancia en el continente.

Pero, sonó la hora: la Alemania, la Suiza, la Prusia, la Suecia, la Inglaterra, se van á perder para Roma, y es en el mismo año en que Lutero alza la voz de rebelion, cuando una armada salida de Cuba penetra en el golfo de México y descubre esa vasta y hasta entónces ignorada region, que encierra un populoso imperio. Pocos meses despues, Dios suscita un valeroso caudillo, hombre de honor y de fé, leal servidor del Cristo y del César, impávido adalid que con ¡cuatrocientos hombres! sojuzga un pueblo de cuarenta millones de habitantes.

Bien pronto el Perú, el Chile, la Plata, la Nueva Granada, Venezuela y el Brasil, quedan en poder de monarcas católicos romanos; y apos-

tolados de á doce misioneros, de Franciscanos, de Dominicos, de Mercenarios y Carmelitas,—cuatro religiones, poco hacia reformadas y en el vigor de la nueva observancia, y al último, de Jesuitas, religion recientemente fundada, como por especial providencia, vienen á conquistar para Roma y para el Cristo doscientos millones de almas.

Antes de que la Inglaterra se perdiese para Roma, los católicos romanos casi nada hacían en el Asia, y sin embargo de que los portugueses eran dueños de vastas comarcas de numerosa poblacion, hacia más de treinta años no eran los intereses religiosos los que habian prosperado sino los mercantiles. Pero, sonó la hora: Enrique VIII, el adversario de Lutero y celoso apologista de la verdadera Iglesia, cede á la tentacion de la carne y deja al Cristo por el amor de una mujer; rompe con el Papa, y la *tierra de los santos* secunda sin dificultad la apostasia de su rey prevaricador. Y es en esa hora cuando se funda la compañía de Jesus, cuando cinco amigos, pobres de bienes terrenos, pero ardiendo su corazon en celo por la gloria del Cristo, se proponen ayudar al Papa en el combate con nuevos y nuevos rebeldes que le oprimen. Y de esa Compañía sale



Francisco Javier, y va solo, pero llevando el corazón ardiendo en el amor de Jesús; parte á las Indias y con rapidez increíble bautiza quizá más gentiles que Pablo; cuarenta reinos se sujetan al Cristo á la voz de ese hombre que habla todas las lenguas y resucita muertos, según lo afirman los mismos protestantes. Javier pasa de ahí al Japon y se encuentra con nuevos atenienses, disputa con los sabios, que quedan confundidos por la ciencia del doctor extranjero y ablandados por la caridad del santo hombre de Dios. Pocos años despues, los reyes del Japon se presentan en Roma para besar los pies del Vicario de Cristo, y Gregorio XIII llora de gozo bendiciendo al Señor, siempre fiel á la palabra que tiene dada á su Iglesia.

Esto es admirable: la Historia solo con narrar tales hechos llenará siempre de confusion al rebelde protestantismo.

Pero de tales sucesos no se admira el católico romano, porque ya conoce la gran ley que los determina: "La Iglesia, pierde en una parte; mas, luego, por otra, repara sus pérdidas con el séptuplo de ganancias."

Tal es la historia de esta admirable religion. El Cristo pierde al pueblo judío y gana al imperio romano y á los persas y á los partos; pier-

de luego á los persas y á los partos, y gana á los vándalos, á los godos, á los visigodos, á los hunnos y á los francos; pierde la Siria, la Arabia y el Egipto para Mahoma, y gana la Inglaterra, la Alemania, la Suecia, la Rusia y la Dinamarca; pierde á Constantinopla y gana á Granada; y mientras el poder del Islamismo se afianza en la cismática Grecia, todas sus esperanzas espiran en la católica España; pierde la mitad de Europa que arrastra consigo Lutero, y gana el Nuevo Mundo y las Indias Orientales y el Japon; pierde despues el Japon y las Indias y gana el Paraguay y á muchos en la China. Y todavía, sucesos más recientes: vienen apóstatas en Italia, Francia y España, y entre tanto los ingleses acuden á porfia á reconciliarse con el Papa; últimamente, el cable trasatlántico da la noticia, de que tres millones de ingleses protestantes; con sus sacerdotes y obispos, han tratado su reconciliacion con el Papa; vienen apostasias en México y en los países sud-americanos, y entre tanto Norte América ve multiplicarse las conversiones de protestantes á la obediencia del Papa.

Así tambien ha sucedido á la Iglesia con la pérdida de sus hombres notables ó con la aparicion de enemigos formidables; el hijo primogé-



nito se levanta contra su madre, y otro hijo mejor viene á substituir con gran ventaja al que se perdió, haciendo que el desamor del primogénito, quede olvidado ante la filial abnegacion del que le reemplaza; ó si nuevos Goliath amenazan á Israel, nunca se harán esperar nuevos David.

Se levanta Arrio, el sacerdote predilecto del obispo de Alejandria, y ahí está Atanasio que será el alma del concilio de Nicea y que dará más que hacer á los arrianos, que Arrio puede dar á los católicos.

Se levanta Nestorio, el patriarca de Constantinopla, y escandaliza á sus ovejas cuando niega á Maria su hermoso título de Madre de Dios; pero ahí está Cirilo, el patriarca de Alejandria, que con admirable ciencia, y grande intrepidez es el alma del Concilio de Efeso.

Se levanta Eutiques quedando en el extremo contrario, quizá llevado de una piedad ilusa, falsa la fé de la Encarnacion; pero ahí está Leon Magno, sublime inteligencia, pastor vigilantísimo, gozoso servidor del Cristo, que explicará el dogma con maravillosa distincion y hará confirmarlo en el numeroso Concilio de Calcedonia.

Vendrán Mahoma y Saladino con ejércitos formidables á desolar la cristiandad, y el pobre

Pedro el Ermitaño y el humilde y pacífico abad de Claraval, harán que la Europa se levante en masa, para llevar la guerra al mismo campo enemigo, frustando así que se desborde el torrente sobre la Europa.

Se levantan Lutero, Calvino y Enrique VIII, que tantos desastres hacen en el ejército del Señor; pero viene Ignacio de Loyola y levanta una escogida Compañía, que jurando obediencia hasta lo último al vilipendiado Pontífice romano, da á su Señor más hijos de los que el apóstata alemán ha hecho perécer.

Y viene Francisco Javier, á quien se da centuplicado lo que no quiso el cobarde Enrique por la gloria vana de este mundo, el contento celeste que se recibe en este mismo mundo. Enrique pierde consigo á su pueblo; Francisco gana consigo cuarenta ignorados reinos.

Y viene Francisco de Sales, que con amables razones de una dulce palabra y con la persuacion de afectuosa paciencia, gana á los duros calvinistas, prole de férrea cerviz, que pervirtió el intratable Calvino.

Hé ahí el complemento de esa admirable ley de las reparaciones sobre las pérdidas, que jamás falla en la Iglesia católica.

Y muchas veces Dios tarda en cumplir esa



su ley, para que los hombres no se atribuyan la gloria del triunfo, ni conceptúen natural reaccion humana, la que solo es reaccion de la Providencia.

Voltaire escandaliza al mundo con su incredulidad desenfundada, y le seduce, y enseña al mundo á menospreciar al Cristo y á blasfemarle y á reírse y á burlarse de lo más santo; y pasan años, y al «gigante» no hay quien sepa herirle. Pasa medio siglo, y Dios suscita un jóven melancólico, débil, enfermizo, desdichado, pero de amable corazón y benévola voluntad, génio que comprende la belleza, y sabe hacerla admirar, voluntad que agradece, compadece y perdona; y ese jóven cuenta al mundo sus personales infortunios, y el mundo le acoge en buena hora y oye dulces razones de sus labios; y ese jóven hace que, el mundo no menosprecie al Cristo, y de tal manera habla al mundo, que el mundo se enternece y llora, y Voltaire pierde sus conquistas.

Ese jóven es Francisco Chateaubriand; él ha mostrado una nueva senda por donde llegar á Sion la santa; muchos la habrán de andar, y volverán de Sion y nos contarán nuevas maravillas.

Tres genios, por fin, vendrán al iniciarse el

siglo XIX á vindicar la gloria de la santa Iglesia, que el génio de la incredulidad y de la blasfemia llegó á eclipsar en el pasado siglo: Chateaubriand, Bonald y De Maistre, ¡Qué génios!

Y todavía más; si en el presente siglo se han alzado de parte del infierno gigantes insolentes, ahí se alzan también nuevos ángeles del Señor que han puesto en fuga al enemigo. Oíd qué nombres: Lacordaire, Balmes, Donoso Cortes, Gaume y Augusto Nicolás.